

Sección no final. Tomo II. N° 106

Siglo XIX 1882

EL ESCOLAR. Pajarán

←-355

←-356

cuélas abarará solamente los puntos más importantes del programa de las Escuelas primarias elementales.

Art. 31. En los casos en que no sea posible el establecimiento de Escuelas rurales en los caseríos de que trata el artículo anterior, el Superintendente de la Instrucción pública tiene facultad para emplear cualquier otro sistema, que dé por resultado la difusión de la Instrucción primaria elemental en todos los caseríos y lugares apartados de la cabecera de los distritos. Los gastos que ocasionen el empleo de dichos sistemas serán de cargo del Estado.

Art. 32. En los distritos en que no pueda establecerse una sola Escuela concurrirán a ella niños de uno y otro sexo, alternando los días de tareas y dando la enseñanza de niños un Preceptor, y de niñas una Preceptora.

El sueldo de ambos será señalado por la Superintendencia.

Art. 33. Las salas de las Escuelas se establecerán solamente en los distritos que puedan sostenerlas, a juicio del Superintendente de la Instrucción pública.

Art. 34. Son deberes de las Corporaciones municipales:

- 1.º Crear y decretar fondos para la construcción de locales y dotación de Preceptores de Escuelas, cuya aplicación se hará por quienes queda determinado.
- 2.º Mantener precisamente una Escuela, por lo menos en cada sección territorial en que se divide el municipio. (Véase el artículo 79 de la constitución, párrafo único).
- 3.º Procurar el establecimiento de Escuelas dominicales y de artes y oficios industriales.
- 4.º Vigilar escrupulosamente a fin de que tenga su exacto cumplimiento este Código, dando cuenta a los Agentes municipales y a la Superintendencia general de Instrucción pública, de cualquier infracción de él.
- 5.º Dictar las medidas conducentes a efecto de obtener que los padres de familia manden sus hijos a las Escuelas con religiosa puntualidad.

Art. 35. Queda autorizado el Poder Ejecutivo para fundar y reglamentar una banda de música en la capital del Estado, al servicio del Gobierno; a cuyo efecto se crea un Director y un maestro de música dicha banda, con el sueldo mensual de sesenta pesos.

CONOCIMIENTOS ÚTILES PARA LOS NIÑOS.

(Traducción de José Dolgado).

355

Las Hojas.

Las hojas son tan comunes que nunca nos detenemos a contemplarlas. Pero tomemos una cualquiera de ellas y examinémosla. Sea, por ejemplo, la de la fresa. Ved los hermosos dibujos que tiene y mirad, poniéndola de por medio con la luz, los filamentos que se dirigen desde el centro de ella hasta sus bordes. Observad la hermosura de las mallas comprendidas entre estos filamentos.

Ved ahora la hoja y mirad su reverso. Allí tenéis las costillas, que se extienden desde el hueso mediano hasta los bordes. Estos huesecillos forman la armazón de la hoja del mismo modo que los pilares y las vigas forman la armazón de una casa. Ellos le dan consistencia a la hoja, y al no tenerlos,

se colgaría y moriría pronto. Estos huesos son muy largos en las hojas que se extienden sobre el suelo, tales como la del ruibarbo y la del tul, mientras que son muy pequeños en las que se levantan rectas y firmes, como la del acebo y el laurel.

Algunas hojas tienen una forma muy singular. Una de las más notables es la del árbol llamado hoja de cántaro, natural de la China. Esta hoja tiene la extremidad del hueso principal alargada en forma de un zarcillo, al cual está adherida una especie de cántaro con una tapa que se halla cerrada y puede levantarse. El agua llovida no puede, por tanto, entrar en la vasija, la cual, sin embargo, se encuentra siempre llena de este líquido.

Según esto, cómo imagináis que penetra el agua en el cántaro? Pues bien, ella no es más que una parte del jugo de la planta que se introduce allí por millares de pequeños intersticios que hay en su interior y lo mantienen lleno de agua.

Esta planta abunda también en la isla de Ceilán, donde se conoce con el nombre de *taza del mono*, porque estos animales suelen levantar la tapa y beber el agua, cosa que también hacen los cazadores cuando no hallan una fuente cercana para mitigar la sed.

La hoja llamada *trampa de moscas*, nativa del Canadá, es una verdadera trampa para estos y otros insectos. De ordinario no ofrece peligro ninguno; pero si un insecto se posa ligeramente sobre ella, queda en el acto prisionero, pues la hoja se dobla por la mitad y ciertas puntas que tiene en los bordes se unen como formando las rejas de una prisión, quedando el insecto allí metido.

La mayor parte de las hojas son delgadas; pero hay algunas muy gruesas, como la de la *estra yulera* de la India. Las plantas llamadas *cláctus* tienen también hojas gruesas y pulposas, lo cual las hace toscas; pero sus flores son hermosísimas. Es muy curioso observar que estas hojas, rotas y puestas en el suelo, echan raíces y crecen.

¿Por qué mueren las hojas arrancadas del tronco? Porque el jugo de éste no puede alimentarias. Cuando la hoja está en el árbol, el jugo se dirige a todas sus partes corriendo por innumerables tubitos que tienen las hojas y el vástago. Pero arrancada la hoja, la parte acuosa del jugo se escapa por los poros de la parte posterior de ella, que son tan pequeños que no se distinguen sino con el auxilio de un microscopio.

Cuando los huesos y los mallas que están entre ellos han perdido su provisión de jugo la hoja se marchita y muere.

El agua que se halla en la hoja de cántaro viene, como antes se ha dicho, por los poros que se hallan en el interior de ésta. Si en lugar de tener la forma de una vasija la hoja fuese ancha y se extendiera como las demás, el agua se escaparía; pero el pequeño cántaro, con su tapa, hace que la humedad se conserve en el interior hasta convertirse en agua. Esto demuestra que constantemente se está escapando de las hojas a la atmósfera una gran cantidad de agua, y que si se consiguiese dar a una de ellas la forma de una vasija cualquiera, pronto se llenaría de este líquido.

Se puede decir que las hojas están constantemente respirando humedad. Esta humedad contribuye en gran manera a suavizar la atmósfera la cual es embalsamada por la fragancia de las flores. Cada hoja suministra apenas una cantidad infinitamente pequeña de humedad, y hace, de consiguiente, un

ben insignificante por sí sola, pero se comprende que la gran cantidad de hojas que hay en la tierra tienen que suministrar una considerable humedad. Los que desean hacer bien en el mundo pueden tomar las hojas como ejemplo. Una gran suma de bienes se puede hacer, si cada cual contribuye con algo. Que haga cada uno lo que pueda, en la seguridad de que si los otros no lo observan, Dios le da pronta y justa recompensa.

ANA WILMERT.

EL CARACTER 356

POR SAMUEL SMILES.

(Traducción de Venancio G. Manrique).

Difícil fuera en verdad estimar en demasía la influencia que muchas grandes y hermosas biografías han ejercido en la elevación del carácter humano. "La mejor biografía" — dice Isaac Disraeli — "es para nosotros una como reunión con la existencia humana en su estado más perfecto." Ciertamente, es imposible leer las vidas de los hombres justos, y sobre todo las de los hombres inspirados, sin sentirnos trasfigurados a pesar nuestro y arrastrados hacia ellos, sin allegarnos insensiblemente a sus pensamientos y a sus acciones. Y aun hay en las humildes vidas de hombres sencillos y rectos que se han contentado con cumplir fielmente su deber en este mundo, una influencia saludable para formar y engrandecer el carácter de los que vienen en pos de ellos.

En la biografía es donde mejor puede aprenderse la historia, porque la historia es la biografía, es la humanidad colectiva influida y gobernada por hombres tomados individualmente. "¿Qué es la historia?" — pregunta Emerson — "sino una colección de ideas, un testimonio de la rara energía que las aspiraciones infinitas del hombre infunden en él? Siempre vemos en sus páginas personas más bien que principios; y los acontecimientos históricos nos interesan sobre todo, porque nos muestran los sentimientos, las penalidades y los intereses de los que los han realizado. En la historia nos vemos rodeados de hombres que hace tiempo dejaron de existir, pero cuyos actos y cuyas palabras los sobrevivientes percibimos casi el metal de su voz, y lo que ellos han hecho constituye el encanto de la narración, jamás experimentamos interés personal por las masas, pero sentimos y simpatizamos con cada uno de los actores cuya biografía nos ofrece los rasgos más bellos y más reales en todos los grandes dramas históricos."

Entre los escritores ilustres del pasado, Plutarco y Montaigne han sido a raso los dos que más han influido para formar grandes hombres de acción y grandes pensadores; el uno ofreciéndonos heroicos modelos que imitar; el otro, suscitando cuestiones que ocurren a cada paso, y que han interesado vivamente al espíritu humano en todos los siglos. Ambos escribieron la mayor parte de sus obras en forma biográfica, y sus ejemplos más notables consisten en mostrar el carácter del hombre en lucha con las circunstancias y con las pruebas que forman el asunto de la narración.

Las vidas de Plutarco, aunque fueron escritas casi mil ochocientos años ha, han conservado, como la *Ilíada* de Homero, el primer puesto entre las

obras biográficas. Eran el libro favorito de Montaigne, y para los ingleses tienen el mérito especialísimo de haber sido la principal autoridad de Shakespeare en sus grandes dramas clásicos. Montaigne proclamó a Plutarco "el más grande de los maestros en esa clase de escritos"; y declaró que nunca podía fijar los ojos en él sin hurtarle, ya un pie, ya un ala.

En Alfieri se desarrolló la afición a la literatura cuando legó a Plutarco. "He leído" — dice — "más de seis veces las vidas de Timoleón, de César, de Bruto y de Pelópidas con tantos gritos, lágrimas y arrebatos, que casi me he vuelto loco....". Cada vez que encuentro un rasgo notable sobre alguno de esos grandes hombres, siento una agitación tan violenta, que me es imposible permanecer tranquilo. También fué Plutarco el autor favorito de varias personas de génius bien diferentes, como Schiller y Benjamín Franklin, Napoleón, madama Roland, la cual se sentía tan fascinada con esta obra, que la llevaba a la iglesia a guisa de devocionario, y la leía clandestinamente durante la misa.

Y ha servido también de alimento a almas heroicas, tales como Enrique IV de Francia, Turena y los Napier. Fué en efecto uno de los libros favoritos de Sir Guillermo Napier, cuando niño, en cuyo espíritu se desarrolló desde temprano una vivísima admiración por los grandes héroes de la antigüedad, y esa influencia representó sin duda un gran papel en la formación de su carácter, y más tarde en la dirección de su carrera. Cuéntase de él que, durante su última enfermedad, débil y extenuado como estaba, hablaba a cada paso de los héroes de Plutarco y discurría con su yerno durante horas enteras sobre las hazañas de Alejandro, de Anibal y de César. Si se pudiera, en verdad, hacer un escrutinio del gran número de lectores que en todos los siglos, han sido influidos y dirigidos por los libros, probable es que, exceptuando por supuesto la Biblia, la mayoría de los votos sería en favor de Plutarco.

Y de qué depende que Plutarco, haya logrado despertar un interés que sigue hasta el día de hoy llamando y fijando la atención de lectores de toda edad y de toda condición? Primero, de que tomó para asunto de su obra a los grandes hombres que ocuparon un lugar eminente en la historia del mundo; y segundo, de que tuvo ojos para ver y pluma para escribir los acontecimientos y las circunstancias más notables de sus vidas. Ni es esto todo; tenía además la facultad de pintar el carácter particular de sus héroes; porque es precisamente el sello de la individualidad lo que da encanto e interés a toda biografía. El lado más selecto de los grandes hombres no es tanto lo que hacen cuanto lo que son, y depende ménos del grado de su inteligencia que de su atractivo personal. Así es que hay hombres cuya vida es mucho más elocuente que sus discursos, y cuyo carácter personal es mucho más grande que sus obras.

Hay que notar además que, si los retratos mejor y más cuidadosamente trazados por Plutarco son de tamaño natural, muchos otros no representan, por decirlo así, sino bustos, bien proporcionados, pero muy compactos, y la documentación de ellos es tan sucinta, que los más notables — los de Alejandro y César, por ejemplo — pueden leerse en media hora, Pero aun reducidos a este tamaño, son todavía más imponentes que un coloso sin vida; ó un gigante

desproporcionado. No están recargados de minuciosos y de descripciones, pero los caracteres se desdibujan por sí solos. Montaigne, no obstante, se queja de la brevedad de Plutarco "Sin duda" dice "que aumenta su reputación, pero muy en perjuicio nuestro. A Plutarco le gusta más que estimar el juicio que su saber; le gusta más avivarnos el espíritu que saciarnos. Bien sabía él que hasta en las cosas buenas puede haber exceso en el decir..... las que tienen el cuerpo encencho se lo acolchan para representar gordura, los que tratan asuntos menudillos los inflan con palabras."

Plutarco poseía el arte de trazar en sus héroes los rasgos más delicados de su espíritu, las circunstancias más minuciosas de su conducta, así como sus faltas y sus menores flaquezas. Observa además Montaigne que ver le rebuscar en la vida de un hombre una acción insignificante, una palabra que nos parezca sin importancia alguna, vale más que un largo discurso.

No se desleña de contarnos una multitud de detalles algo más que triviales, y nos refiere, por ejemplo que Alejandro jadeaba la cabeza con cierta aflicción; que Alcibiades era todo un lechuguino; que hablaba ceceando, cosa que le sentaba mucho, y además tenía un estilo agraciado y persuasivo; que Catón era pelirrojo y tenía los ojos grises, que era escarero y avariento; que revendía sus mejores selavos cuando ya estaban inhábiles para el trabajo; que dice también que Cesar era calvo y que gustaba de trajes ostentosos, y que Cicerón sufría (como lord Brougham) convulsiones involuntarias de nariz.

Estos ínfimos detalles podrán parecerles á algunas personas indignos de la biografía, pero Plutarco juzgaba necesarios como complemento obligado de sus retratos; porque por los menores matices del carácter, por los hábitos, por los signos particulares es como podemos representarnos á los hombres tal como realmente fueron. El gran mérito de Plutarco consiste en el cuidado con que trata todas esas minuciosidades sin exagerarlas, y sin descuidar las que tienen mayor importancia. A veces, queriendo describir un carácter, recurre á alguna anécdota que da más luz sobre la materia, que cuanto pudieran hacer páginas enteras de retórica, y en ciertos casos cita la máxima favorita de su héroe; y las máximas de los hombres suelen revelar su corazón.

En cuanto á las debilidades, que siempre las hay, los grandes hombres no siempre han sido vaciados en un mismo molde. Cada uno tiene su defecto, su gesto, su manía; y por sus defectos es por lo que todo hombre grande deja conocer su origen humano. A cierta distancia podemos admirarlos como á semi-dioses; pero al acercarnos á ellos vemos que son tan frágiles como nosotros. (1)

No es inútil señalar los defectos de los grandes hombres, porque, como con mucha razón observa el doctor Johnson: "Si no se dejase ver sino el lado bueno de los caracteres, se apoderaría de nosotros el desaliento, puesto que nos parecería absolutamente imposible asemejarnos á ellos en nada."

Plutarco mismo justifica su método, explicando que su designio no fué escribir historias, sino vidas. "Las más gloriosas hazañas" advierte "no siempre nos suministran los datos más seguros sobre la

(1) Muy cierto es, dice Voltaire, que los hombres que aventajan á los demás por su talento se les allegan casi siempre por sus debilidades, pues no hay razón para que el talento nos haga superiores á la humanidad. *Vida de Molière.*

virtud ó los vicios de los hombres. A veces alguna cosa mucho menos importante, una expresión, una chanzoneta, nos hacen conocer los caracteres y las inclinaciones mucho mejor que batallas en que se matan cien mil hombres, grandes derrotas de ejércitos, ó sitios de ciudades. Así como los pintores de retratos procuran fijar con exactitud los lineamentos y los rasgos del semblante, así como la expresión de los ojos, que es donde se ve el carácter, y se curan poco de las demás partes del cuerpo, es necesario también que se me permita poner particular atención en las señales y en las tendencias que encuentro en el alma de los hombres que me propongo retratar, pues al mismo tiempo que me esfuerzo en diseñar de esa manera sus vidas, dejo á otros el cuidado de narrar los acontecimientos importantes y las grandes batallas."

Cosas que parecen insignificantes desempeñan á veces un gran papel en la biografía, no ménos que en la historia, y de circunstancias pueriles pueden originarse grandes resultados. Pascal hace la reflexión de que, si la nariz de Cleopatra hubiese sido más corta, toda la faz del mundo hubiera acaso cambiado.

Parecerá indigna de figurar en su biografía la circunstancia de que sir Walter Scott se hubiese dislocado un pie corriendo en su cuarto cuando era niño, y sin embargo á ese accidente deben su existencia *Ivanhoe, Old Mortality* y todos los romances de Waverly. Cuando su hijo le manifestó que deseaba servir en el ejército, Scott lo escribió á Southey: "No tengo derecho para contrariar una afición que yo también hubiera tenido si mi dolencia no hubiera sido un obstáculo para ello." De suerte que, si Scott no hubiera sido cojo, hubiera podido combatir durante toda la guerra de la Península, y haber salido con el pecho cubierto de medallas; pero probab emente careceríamos de esas obras que han hecho su nombre inmortal y que han reflejado tanta gloria sobre su patria. También á Talleyrand le alejó del ejército, á que estaba destinado, una especie de cojera de que adoleció, y por eso dedicó toda su atención al estudio de los libros, y luego al de los hombres, hasta que acabó por ocupar un alto puesto entre los más grandes diplomáticos de su siglo.

PROBLEMAS DE ARITHMETICA

XXIX.

Sin documento debía
Una suma de dinero,
Cuyo importe ya he olvidado,
Tan solamente me acuerdo
Que pagué una quinta parte
Por cuenta de aqueste crédito;
Después la cuarta y la sexta
Quedando solo debiendo
La no despreciable suma
De ciento noventa pesos;
Podrán ustedes decirme
A cuánto ascendía mi crédito?

193/